

Enrico Castelli. I PRESUPPOSTI DI UNA  
TEOLOGIA DELLA STORIA. Fratelli Bocca Edi-  
tori. Milano. Primera edición. 1954

El autor, profesor de Filosofía de la Religión en la Universidad de Roma, director de la Revista "Archivio de Filosofía", que reúne en sus páginas lo más representativo del pensamiento europeo actual, ha publicado diversas obras: *Lo demoniaco en el Arte*, *Fenomenología de nuestra época*, etc., todas en torno a lo que podría llamarse "la auténtica historicidad del hombre". Historicidad cuyo punto de partida es la Revelación. El racionalismo ha borrado, gratuitamente, la realidad (y el poder de la Gracia); por esto, la historia moderna del pensamiento y de la acción es una historia del olvido (*status deviationis*). Una última nota de presentación: Enrico Castelli es, en la actualidad, el exponente más original en Italia del Existencialismo Cristiano.

"Toda la Historia de la Filosofía Moderna es la historia de una carrera a la soledad a través del terror a la soledad misma. Historia de las tentativas para instaurar una comunicación más allá de la palabra revelada". Tales son las primeras afirmaciones de esta obra. Y se corre hacia la soledad pese a que todo tienda a acortar distancias, a establecer vías de acceso a la problematicidad de la vida. La crisis de nuestros tiempos —¿o catástrofe?— parece concentrada en la crisis del coloquio. Soledad abierta al diálogo, pero cuyo punto de partida es la realidad del monólogo. Siempre. Realidad que obsesiona, porque contra el solipsismo que se insinúa detrás de esa actitud de apertura al otro, no hay defensa, es el reino de lo incontrovertible.

La soledad es, pues, el clima de nuestro tiempo, y el malentendido. En la base de todo hay un malentendido, dice Camus en

su drama *Le Malentendu*: el hijo que vuelve a su hogar después de muchísimos años quiere *demostrar* quién es, y muere asesinado por su propia hermana antes de lograrlo. El malentendido consiste en querer demostrar.

En el discurso —así me parece lo ve Castelli— el hombre se juega éticamente, y no sólo porque en cada juicio que expreso pueda desplazar a quien me escucha fuera de la verdad, volviendo mi palabra “instrumento” de su perdición. Es más profunda la elección, más comprometedora, porque a simple vista es más inocente: busco un punto de partida, en el cual todos conengan y este “conveniente” es incontrovertible porque es un punto de vista que “prescinde de todos los puntos de vista”. La seducción del discurso que obliga porque no es el discurso de nadie, sino la caída natural de las premisas en la conclusión, la seducción diabólica de la coherencia, como diría Castelli, no podría ser si la palabra no fuese elegida éticamente.

La lógica —ciencia del discurso necesario— corresponde a la actitud ética del desempeño (*disimpegno*) y, paradójicamente, de la coacción. Lo que yo afirmo —establece el lógico— corre por su propia necesidad, es objetivo y, por tanto, universal. Todos debemos captarlo. Quien responde: “Así será, pero no me convence”, “O como Kierkegaard: “Me demuestra que Dios existe y no creí más en Dios”, tal hombre aparece como un ser nocivo, peligroso con el cual no es posible entendimiento alguno.

“En el fondo, el mérito del platonismo está justamente en haber indicado que la discursividad no evocadora, es discursividad infecunda y que el significado de la evocación es la evocación del significado”.

Esta es —la platónica— la otra alternativa ética del discurso. No he leído, salvo en Heidegger y Siewerth, pensamientos más profundos sobre un tema que

tanto interesa a los contemporáneos: el lenguaje, la filosofía del lenguaje.

Muy pocas palabras, las de Castelli, sobre este tema. Palabras evocadoras las suyas, germinales. Y, en general, la obra toda es germen, apasionada búsqueda del “tiempo perdido”, fenomenología de nuestra época, diagnosis. Y su estilo literario: de galeno y de profeta.

¿Y cómo la humanidad viene a parar aquí? Afirma el pensador italiano: existen fracturas que dejan ver una fractura inicial (la fractura de la fractura). Originalísimas observaciones sobre el último sentido de la alienación: “Es un demente —aquel que se creía un grano de maíz— no porque razone mal, sino porque lo que hace no tiene sentido común”.

Sentido común, experiencia común, historia del hombre caído: “historia del sentimiento de la inmortalidad, trágicamente ligada al sentimiento de una culpa inicial”. Y de nuevo, pinceladas en negro, acopio de síntomas que el pensador italiano velozmente recorre con agudísima mirada.

¿Su posición? Evidentemente antirracionalista. ¿Y qué significado se dará al antirracionalismo de Castelli? ¿Afirmará, como el personaje de Dostoevski, “vosotros poseéis la razón, sí, más somos nosotros los que tenemos la verdad”? Al menos, creo, cabe sostener que si se trata de la razón que se da a sí misma su propia legalidad, de la razón sin Gracia y sin historia, el filósofo italiano está dispuesto —como dice Noce al comentar el disgusto que el pensamiento de Castelli ha provocado en algunos sectores del catolicismo— a dejar al adversario el arma más poderosa: la razón. “Su pensamiento es extraño a aquel esfuerzo de ganar de nuevo la razón, esfuerzo que define las corrientes más nuevas de inspiración cristiana” (A. Noce).

Y frente a la Iglesia —a la política de la Iglesia o a la Iglesia Política— alcanza la altura que tuvo un Kierkegaard frente

al protestantismo. Seres, por lo demás, que han cristalizado sus espíritus en fuentes muy semejantes.

No basta hacer profesión de realismo. Lo que importa es desprenderse de la soberbia gnoseológica, del "cogito" cartesiano. Si los otros sujetos son causa de mi percepción actual, ni puedo salir de la causalidad, del modelo "cosa" ni puedo ver en el otro sino mi opuesto, el objeto. Algo menos que el idealismo donde el otro ser percipiente es necesariamente lo percibido.

En resumen: una obra noble, riquísima que nos entrega el pensamiento italiano actual, preocupado durante tanto tiempo de "reformular" la dialéctica hegeliana. ¡Ya era el momento de atisbar otros horizontes!

HUMBERTO GIANNINI.